

La lira nueva y su época

SANTIAGO LONDOÑO V.

REPRODUCCIONES: Willian Núñez

1886, AÑO DE TRANSICIONES

PARA la historia colombiana contemporánea, 1886 fue un año decisivo. En esa fecha se materializó el espíritu de transición que recorrió la vida nacional en el decenio 1880-1890. La modificación más trascendental para la vida de los colombianos de entonces fue el abandono del régimen federal que rigió la política, la economía y en general la mentalidad colectiva, que estuvo dominada por un ideal de libertades individuales absolutas, consagrado por la Carta de 1863.

La nueva Constitución, instaurada en 1886, fue impulsada por Rafael Núñez (1825-1894). Era la pieza indispensable para su proyecto de “regeneración fundamental o catástrofe”, que propugnó la unificación nacional. La centralización política fue complementada con el restablecimiento de relaciones con la Santa Sede en 1887.

El Banco Nacional, precursor del Banco de la República, inició operaciones en 1881. Ante la crisis fiscal que enfrentaba el Estado, agravada por la guerra de 1885 y por la crisis de las exportaciones, Núñez optó por implantar el billete de papel de forzosa aceptación; el gobierno reservó para sí el derecho de emisión, ganando de este modo independencia frente a los prestamistas privados.

Para la vida cultural, el año 1886 también marcó cambios de interés. En las artes plásticas empezó el principio del fin de la pintura costumbrista, que le cedió su lugar al arte académico. En la poesía, por su parte, el modernismo comenzaba a surgir, dejando atrás poco a poco al romanticismo; los nuevos poetas se dieron a conocer en la antología *La lira nueva*, volumen de 417 páginas compilado por José María Rivas Groot (1863-1923), autor también del estudio introductorio que sirvió de prólogo.

UNA NUEVA CONSTITUCION

Era la tarde del 29 de agosto de 1885. El presidente Núñez, animado por su esposa, doña Soledad Román, abrió la puerta del balcón del palacio presidencial y dijo exactamente las siguientes palabras a la concurrencia:

LA LIRA NUEVA



BOGOTÁ
IMPRESA DE M. RIVAS & C.^o
1886

Carátula de *La lira nueva*, Bogotá, 1886



José María Rivas Groot

*Señores: La Constitución de 1863 ya no existe. Bien pronto los pueblos se darán una nueva, que satisfaga sus verdaderas necesidades y consulte las inclinaciones de la gran mayoría del pueblo colombiano. Esa constitución, empezará, por lo mismo, por invocar el nombre del Todopoderoso . . .*¹

Los liberales radicales habían sido derrotados en una batalla que a la postre resultó decisiva para terminar la guerra de 1885: la de La Humareda, el 17 de junio. Declarada inexistente una constitución que sólo era reformable por la mayoría absoluta de los estados soberanos, y convencido Núñez de que las cosas no estaban para asambleas constituyentes democráticas, convocó el 10 de septiembre un consejo nacional de delegatarios, que se instaló el 11 de noviembre. Su tarea era dotar al país de una nueva constitución que, según el presidente, “ha venido elaborándose silenciosamente en el alma del pueblo colombiano, a medida que sus públicos infortunios tomaban el carácter de crónicos, con agravación progresiva”, por todo lo cual, “ella será un trabajo como edificación natural y fácil del pensamiento y anhelo de la nación”².

Por el consejo de delegatarios, de dieciocho miembros, pasaron un total de veintiuna personas, cuyas ejecutorias públicas iban desde las de ministro, diputado y senador bajo gobiernos anteriores, hasta los de notario, administrador del monopolio de la sal marina, contador del ferrocarril, o de carácter militar, como era el caso del general Guillermo Quintero Calderón —“la espada de la Regeneración”—, quien comandó las tropas que vencieron en La Humareda.

¹ “Discurso del Sr. Dr. Rafael Núñez”, cartel publicado en Bucaramanga, por la imprenta de Philip Hakspiel, Hemeroteca Luis López de Mesa, P V 20, pieza 141.

² Rafael Núñez, “Exposición al consejo de delegatarios”, en Academia Colombiana de Historia, *Antecedentes de la constitución colombiana*, Bogotá, 1983.



Grabados del libro de Rafael Núñez publicado en París en 1889

Indudablemente que el delegatario con mayor vuelo intelectual era Miguel Antonio Caro, autor del proyecto de constitución que finalmente aprobó el presidente José María Campo Serrano, el 5 de agosto de 1886.

OTRO PRESIDENTE POETA

La historia presidencial colombiana ha sido pródiga en gobernantes dados a las letras. En 1886 Rafael Núñez ejercía su segunda presidencia, iniciada en 1884. Ya había ocupado el cargo entre 1880 y 1882 y lo asumiría de nuevo entre 1886 y 1892, aunque en este lapso sería reemplazado por designados y vicepresidentes. El Regenerador se inició en la poesía a la edad de diecisiete años, por los días en que, en medio de la pobreza, empezó a estudiar jurisprudencia, y recitaba de memoria a José Zorrilla. Un periódico de Cartagena difundió en 1842 su poema *Las contemplaciones*³, y un editor panameño publicó su texto *A las armas, poesía* en 1846.

La primera edición en forma de libro de los versos de Núñez fue una de doce ejemplares de circulación restringida, “presentada al autor en su cumpleaños (28 de septiembre de 1885) por su admirador y agradecido amigo Rafael M. Merchán”. Cuatro años más tarde se publicó en París una “edición definitiva y única auténtica”, ilustrada con xilografías. El prologuista ponderó así el numen poético del presidente: “Aparte de lo hermoso y delicado de los versos del señor Núñez, se encuentra en ellos el signo visible de profundas meditaciones y altísimas enseñanzas, deducidas del estudio atento de las cosas temporales en relación con las eternas”⁴.

Una de las poesías que más fama de poeta filósofo le dio en su momento, fue la titulada *¿Que sais-je?* publicada en 1861, en la cual, según Rafael Serrano, se extendió hasta 132 versos, donde dio cabida a “ríos, océanos, pitonisas, momias, Circes, Atilas, vellocinos de oro, almíbares, olores y mil cosas así, apretujadas en renglones largos y cortos, a veces musicales pero también pedestres, cacofónicos y cojitrancos”⁵. Veamos el final, donde el poeta da rienda suelta a sus dudas y contradicciones, el cual fue utilizado por los oponentes de Núñez para cuestionar su capacidad decisoria:

*No sé lo que deseo, lo que busco;
a veces con la luz misma me ofusco;
a veces en tinieblas veo mejor;
a veces el reposo me fatiga.
Cuando me muevo a veces se mitiga
de mi sangre el hervor.*

Duda angustiada y difusa, que no identifica su objeto ni su razón, propia quizás de una época convulsa y violenta, donde la incertidumbre era el pan de cada día.

Antonio José Restrepo acusó de plagiatario a Núñez por la evidente similitud que dijo encontrar entre esos versos —que hablan también de rosas de Bengala y de espinas sin olor— y otros supuestamente análogos de Víctor Hugo, quien a la sazón era una suerte de padre tutor de nuestros literatos, junto con los clásicos latinos. Los defensores de la Carta de Rionegro le habían atribuido a Hugo el haberla calificado como una constitución para ángeles, no se sabe hoy si elogiosa o irónicamente. Al morir, en 1885, la prensa bogotana dio cabida a

³ Rafael Serrano, *Vida, genio y estampa de Rafael Núñez*, Bogotá, 1973, pág. 92.

⁴ *Poesías de Rafael Núñez*, París, 1889, pág. XVII.

⁵ Serrano, *op. cit.*, pág. 255.

un verdadero alud de sonetos y diversas composiciones en su homenaje, por parte de lectores, escritores y traductores criollos. Por ejemplo, el *Papel Periódico Ilustrado* publicó unas treinta traducciones hechas por autores tan diversos como el propio Núñez, Miguel Antonio Caro, Gutiérrez González, José Asunción Silva y otros. Acorde con el espíritu de la época, a Víctor Hugo se le llamó “el regenerador de la literatura”⁶.

Núñez fue además un poeta apasionado. Sus amores legendarios le inspiraron versos disímiles. Como éste, dedicado a doña Gregoria del Haro, en el que se puede sentir ya un ritmo similar al del himno nacional (1887), cuya letra compuso Núñez⁷:

*Oh cielos bondadosos,
oh dicha indescriptible
del naufrago que toca
la orilla, no es mayor.*

O como este otro, en el que el amor es también una regeneración saludable y una deuda con la amada, superior a la del hijo con su madre⁸:

*Las horas van pasando,
mi dicha va creciendo,
tu amor me regenera,
tu amor y tu virtud.
De tus palabras vivo
el grato son oyendo
y en ellas mi alma encuentra
raudales de salud.*

(*Calma*, fragmento)

Además de bardo apasionado profundamente dubitativo, y de haber sido presidente de la Sociedad Homeopática de Colombia, ciencia curativa —la homeopatía— a la que Rafael Pombo le dedicó 47 poemas en agradecimiento a Hannemman y sus glóbulos, Núñez fue incansable ensayista. Como tal, fue el personaje que más ideas movilizó en la segunda mitad del siglo XIX en



Grabado del libro de Rafael Núñez publicado en París en 1889

⁶ *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, 24 de julio de 1885.

⁷ Serrano, *op. cit.*

⁸ *Poesías de Rafael Núñez*, París, 1889.

Aspecto de la acera sur de la Plaza de Bolívar. Hoy Capitolio Nacional y acera occidental, hoy Edificio Liévano- Alcaldía Mayor de Bogotá.





Colombia. En 1885 la imprenta La Luz, de Bogotá, publicó una colección de más de 150 artículos aparecidos entre 1878 y 1888 en periódicos de la capital y de Cartagena. Su temática preferida fue la política y la economía colombiana del momento, pero también se permitió algunas digresiones sobre diversas materias, entre ellas la estética.

Con el tiempo, la poesía de Núñez se ha desvalorizado aceleradamente. Los elogios que recibió en su momento, hoy parecen adulaciones desmedidas relacionados más con su posición política y menos con su talento literario.

BOGOTA HACE UN SIGLO

En 1886 Bogotá, con sus ochenta mil habitantes, calculados por el doctor Felipe Pérez⁹, seguía siendo la ciudad más poblada de una nación hasta el 5 de agosto denominada Estados Unidos de Colombia, nombre que la nueva constitución cambió por el de República de Colombia.

Bogotá era no sólo la capital del país, sino también la sede del arzobispado, de la Corte Suprema de Justicia, del Consejo de Estado (creado por la constitución), del capitolio nacional y de siete ministerios. Tenía unas veinticinco calles que la recorrían de occidente a oriente y unas quince carreras que iban de norte a sur, formando el clásico trazado en damero. Dos decenas de iglesias y siete capillas atendían las necesidades de los fieles. Al finalizar los años ochenta, unos veintidós puentes permitían cruzar los arroyos y en especial los ríos San Francisco y San Agustín. Cinco grandes monumentos adornaban la ciudad, junto con ocho plazas y jardines. Un hospital de caridad y un hospital militar atendían a los enfermos y virolentos. De los ancianos y desamparados se encargaba la Casa de Refugio, la Casa Cualla y el Asilo de Niños Desamparados, cuyos miembros participaron en la procesión con que se celebró en 1884 la producción de los primeros rieles de hierro fabricados en Colombia por la ferretería de La Pradera, situada cerca de Bogotá.

Diez establecimientos de instrucción pública, cuatro bancos, la Casa de Moneda, el teatro nacional y el municipal, la biblioteca, el Museo Nacional y el observatorio astronómico, completaban la lista de lugares de interés a finales de los años ochenta¹⁰.

El centro geográfico de la ciudad y de los acontecimientos más importantes era la plaza de Bolívar, en especial el famoso *altozano*, como se denominaba el centenar de metros del atrio de la catedral. “Una bolsa, un círculo literario, un areópago, una *coterie*, un salón de solterones, una *coulisse* de teatro, un *forum*”, en fin, toda la actividad de Bogotá se concentraba allí, según lo presenció el diplomático Miguel Cané, quien un día cualquiera de 1882 observó a varios personajes del mundillo literario de entonces. Vio pasar a Diego Fallon, “el inimitable poeta de la luna vaga y misteriosa”¹¹ que iba a dar una lección de inglés. Más allá, observó “un cuerpo enjuto, una cara que no

⁹ Felipe Pérez, en Agustín Codazzi y Manuel María Paz, *Atlas geográfico de Colombia*, París, 1889.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Miguel Cané, *Notas de viaje*, Bogotá, 1903, pág. 152.



deja ver sino un bigote rubio, una perilla y un par de anteojos”; era Rafael Pombo. El mismo Cané recordó que “el bogotano tiene apego al *altozano*, por la atmósfera intelectual que allí se respira, porque allí encuentra mil oídos capaces de saborear una ocurrencia espiritual y de darle curso a los cuatro vientos”¹².

Para un cronista del periódico *La Siesta*, Bogotá era “el patio de los milagros”¹³ por la profusión de mendigos que dormían y deambulaban en las calles de la ciudad, por los soldados “de diversas divisas, con sus ramos de domingo id. en los balcones, con sus alcantarillas en construcción, que aquí abren un abismo y allí levantan una montaña, con el bazuqueo de los caños, que andan por esas aceras de Dios olvidados de su antiguo cauce”. Pero lo que más atrajo la atención del comentarista fue “la inmensa caterva de mendigos, truhanes, pordioseros, azotacalles, rateros, vergonzantes, vergonzosos, etc., que hermo sea las plazas, calles, zaguanes, chicherías, atrios y portales”. Todos ellos dormían en los quicios de las casas o en las “zahurdas de los arrabales” y, una vez calentaba el sol, se desperdigaban en busca de limosnas y alimentos que refrescaban con *chicantana*, como llamaban a la chicha, luego de lo cual venía “en promiscuación de sexos y edades, el sueño reparador y justiciero que los igualaba al rico más orondo”¹⁴. Pese a todos los defectos del patio de los milagros, a los capitalinos les parecía mejor vivir allí que en las “ciudades de menor cuantía”, por “setenta y nueve razones”. Se decía que aun los menos perspicaces podían valorar en Bogotá “el oro fino de los hombres de mérito. Un rato de conversación con Camacho Roldán, F. Zapata, M. Pombo, y D. Fallon no se olvida fácilmente y hace concebir, o mejor dicho, afirma la alta idea que teníamos de esos ciudadanos”¹⁵.

Cané calificó el nivel intelectual de la sociedad bogotana como de “superioridad incontestable”. En especial, alaba la “maravillosa facilidad de la palabra”, que encontró sin igual frente a otras sociedades latinoamericanas: “el *esprit* chispea en la conversación; una mesa es un fuego de artificio constante; el chiste, la ocurrencia, la observación fina, la quarteta improvisada, la décima escrita al dorso del *menu*, el aplastamiento de un tipo en una frase”, siempre lo sorprendían en las veladas y recepciones que la elite bogotana le prodigó como diplomático.

Al parecer, los propios intelectuales bogotanos estaban muy admirados y complacidos de sus propias actividades, tal como lo revelan estos versos de Antonio José Restrepo, titulados *Un canto*¹⁶:

*¡Oh Bogotá, del mundo americano,
Cerebro soberano,
Que del ídolo vil quemaste el solio,
Y junto a la pagoda miserable
La fuerza de tu sable
Los cimientos trazó del capitolio!*
(fragmento)

¹² *Ibid.*

¹³ *La Siesta*, Bogotá, 4 de mayo de 1886, págs. 26-28.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *La Siesta*, Bogotá, 18 de mayo de 1886, pág. 47.

¹⁶ *La lira nueva*, Bogotá, 1886, pág. 261.

“LOS ROSALES FLORECEN CUANDO SE LES AZOTA”

La vida intelectual de la capital, especialmente la literaria y artística, se vio afectada por el conflicto bélico suscitado por los liberales radicales desde diciembre de 1884 hasta por lo menos el 26 de agosto de 1886, cuando los últimos rebeldes capitularon en Los Guamos, luego de la derrota de La Humareda¹⁷.

Epifanio Garay (1849-1903) se vio obligado a regresar al país con motivo de la guerra, ante la supresión de los beneficios de una beca que había recibido para estudiar en Europa en 1882, año en el cual, por su parte, Andrés de Santa María (1860-1945) ingresó en la Escuela de Bellas Artes de París¹⁸. Pantaleón Mendoza también regresó a Colombia en 1885, proveniente de España, donde había sido funcionario de la legación y había ejecutado copias de maestros españoles, entre ellos Velázquez¹⁹.

Las imprentas estuvieron trabajando principalmente al servicio de las partes en conflicto, publicando hojas volantes y carteles donde se difundían distintas noticias sobre la evolución de los episodios bélicos. La imprenta de vapor de Zalamea hermanos editaba *La Rebelión*, *Noticias de la Guerra*. La imprenta La Luz imprimía *La Regeneración*. El *Posta*, un boletín de las fuerzas rebeldes, era distribuido gratuitamente, con la advertencia de que debía circular de mano en mano. Sin duda la publicación cultural más importante era el *Papel Periódico Ilustrado*, fundado en 1881 por Alberto Urdaneta (1845-1887), inspirado en revistas europeas ilustradas; también aprovechó la experiencia adquirida con el periódico *Los Andes*, que había fundado en París con otros colombianos en 1877²⁰. El *Papel Periódico* logró mantener continuidad a lo largo de la guerra de 1885 y respaldó al gobierno de Núñez, con quien Urdaneta tuvo buenas relaciones; atrás habían quedado sus aventuras revolucionarias de 1876.

Concluida la guerra de 1885 —todavía faltarían dos más para cerrar la cronología de los conflictos bélicos internos en Colombia— se reiniciaron las actividades normales de los bogotanos. Es así como, al principio de 1886, ya se trabajaba en obras como el capitolio nacional y el teatro Colón, en el panóptico (hoy Museo Nacional), en los parques, en las calles y, en general, en obras de aseo y ornato. El renacimiento de la vida literaria y artística no se hizo esperar. En 1886 circulaban en Bogotá once periódicos²¹, dedicados a la política, la literatura, las ciencias y las artes, ante lo cual un comentarista escribió: “Al ruido de las armas va, pues, a reemplazar el de las prensas”²². La imprenta se consideraba indispensable para la vida intelectual, y sus productos se juzgaban “golondrinas que anuncian días serenos y noches apacibles”²³.

El martes 13 de abril apareció el primer número de *La Siesta*, periódico literario, de variedades y avisos, cuyo ejemplar valía diez centavos y la suscripción un peso. El primer editorial estableció la misión de la publicación: “Nuestro periódico es un llamamiento apasionado a las letras, por lograr que los ingenios colombianos, después de tan amargos días, se acerquen, se abracen, siquiera en la comunión literaria [. . .] Después de los días terribles que han pasado, pudiera creerse exótico un periódico que cultive las bellas letras. Equivaldría esto a desconocer el giro de la vida. Los vivos no pueden encerrarse en el sepulcro de los muertos. Un epitafio siempre enfrente sería la desesperación. La sacudida de Colombia ha sido tremenda, pero los rosales

¹⁷ Francisco de Paula Carrasquilla, *Tipos de Bogotá*, Bogotá, 1886.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 13.

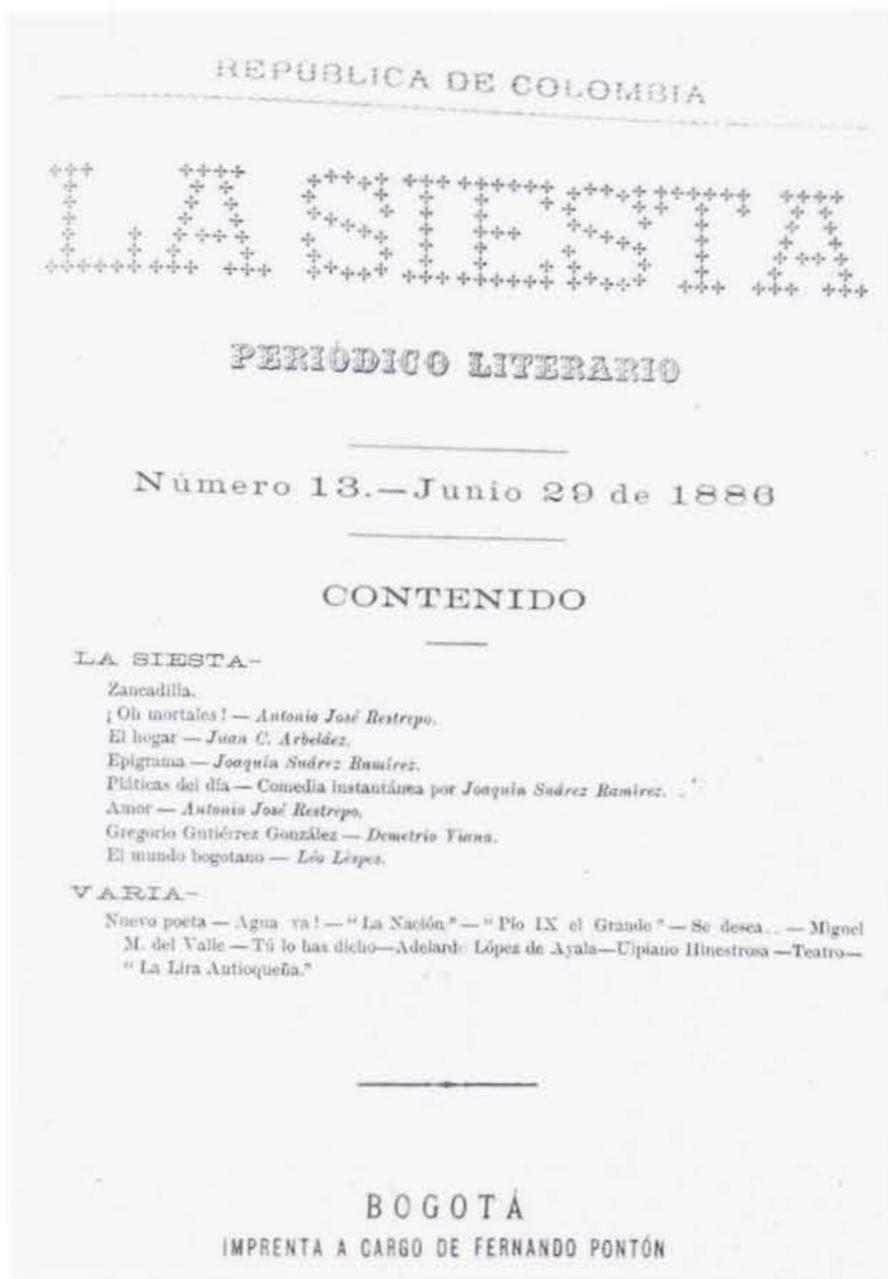
¹⁹ Carmen Ortega, *Diccionario de artistas en Colombia*, Bogotá, 1979.

²⁰ *Ibid.*

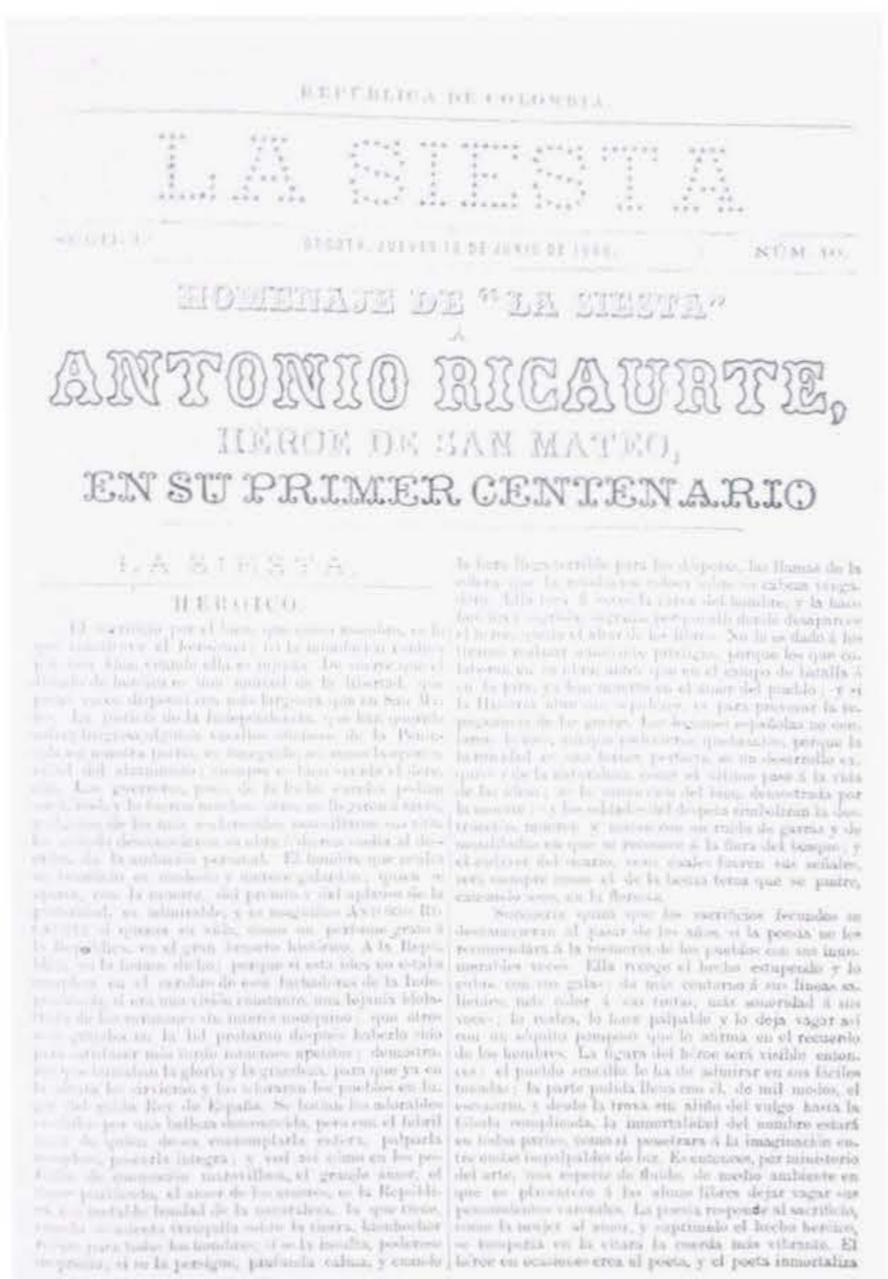
²¹ Ellos eran: Imprenta de Silvestre Y Cia: *Boletín de Avisos*, *Anales Religiosos de Colombia*, *Revista Bibliográfica*, *Papel Periódico Ilustrado*, *Registro Municipal*. Imprenta La Luz: *La Nación*, *Anales de Instrucción Pública*. Imprenta de Zalamea Hermanos: *Diario Oficial*. Imprenta de Ignacio Borda: *Las Noticias*. Imprenta El Progreso: *El Progreso*. Imprenta de Nicolás Pontón: *El Recopilador*. Fuente: *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, 1886-1888.

²² *La Siesta*, Bogotá, 22 de junio de 1886.

²³ *La Siesta*, Bogotá, 20 de abril de 1886.



Primera página del periódico *La Siesta* 29 de junio de 1886.



Primera página del periódico *La Siesta* aparecido el 10 de junio de 1886 en Bogotá.

florece cuando se les azota. Vengan la prosa y el verso: la una es la nave, el otro es la vela; en ellos va a la inmortalidad o al olvido el espíritu humano”²⁴.

Un joven crítico que permaneció anónimo inició el mismo año la publicación de *Gansos y Ruiseñores*, en la que analizó en forma incisiva la producción de los hombres de letras. Alfredo Greñas (1859-1949), el más importante alumno de la escuela de grado de Antonio Rodríguez, fundó en 1886 la imprenta *El Progreso*, donde imprimió un periódico semanal con el mismo nombre²⁵. El 31 de agosto, por orden de Núñez, Greñas fue encarcelado por dos meses y su imprenta clausurada. Este editor, grabador y caricaturista fue uno de los más incansables críticos de la Regeneración y uno de los más perseguidos en virtud del artículo K) de la nueva constitución, en el cual se estipuló: “el gobierno queda facultado para prevenir y reprimir los abusos de la prensa”.

Un tal señor Gónima Gómez estableció el mismo año, en Bogotá, la biblioteca *El Recreo*, “con el objeto de proporcionar a los amantes de la buena lectura libros franceses y españoles, de autores selectos”. Prestaba, igualmente, el servicio de copias “en buena letra”, hacía traducciones del francés y del inglés y vendía “buenos y baratos útiles de escritorio”²⁶. Tampoco faltaba algún maestro que, para complementar sus ingresos, tuviera su propio negocio, como en el caso de don Aurelio Patiño, “profesor de escuelas superiores”, que enseñaba caligrafía y de paso hacía diplomas de grado, inscripciones y avisos sobre vidrio en su almacén *El Pórtico*, de la calle 3a. de Florián²⁷.

A pesar del aislamiento de los capitalinos con el resto del mundo, las librerías fueron los centros donde se difundió la información literaria y filosófica

²⁴ *La Siesta*, Bogotá, 13 de abril de 1886.

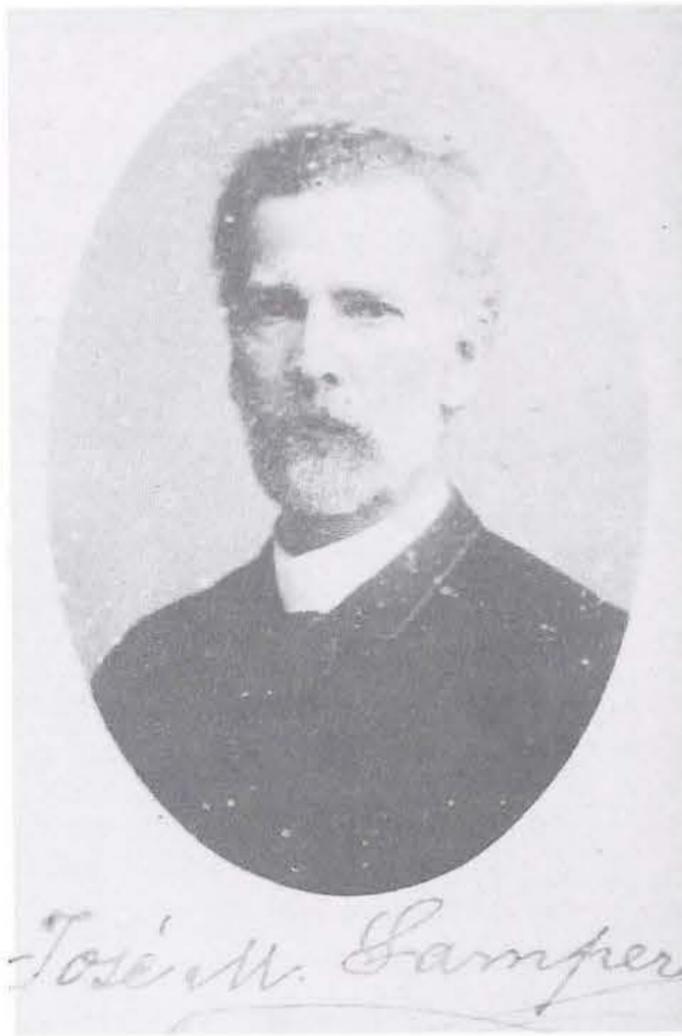
²⁵ Ortega, *op. cit.*

²⁶ *La Siesta*, Bogotá, 25 de mayo de 1886.

²⁷ *Ibid.*



Julio Añez



José María Samper



Candelario Obeso

proveniente del exterior, en forma relativamente oportuna, al punto que “la facilidad de obtener libros ha despertado un espíritu beneficiante de crítica, del cual estábamos desposeídos hasta hace pocos años, o que era patrimonio de algunas personas doctas solamente”²⁸.

Las novedades extranjeras estimularon la comparación de distintas escuelas literarias, enriquecieron las charlas insustanciales de las veladas y contribuyeron a afianzar un gusto europeizado que giró en torno a dos poetas: Núñez de Arce y Víctor Hugo, también conocido como “el poeta del siglo”. Todo esto contribuyó a que los bogotanos se sintieran orgullosos poseedores de una verdadera intelectualidad de metrópoli, de la que sólo se apartaban “los imbéciles y los que tienen sed de oro”²⁹. La mayor valoración social del trabajo del espíritu no fue siempre acicate para una verdadera formación y conocimiento de los avances científicos, y cumplió más bien un papel de prestigio y diferenciación social. Alfred Hettner observó con agudeza al respecto: “en vía de ejemplo ilustrativo de su grado de penetración en el movimiento científico permítaseme mencionar que para ellos Flammarion y Julio Verne van a la cabeza de los naturalistas”³⁰.

El entusiasmo por la renaciente literatura llevó a proponer la creación de sociedades “de gentes de letras”, a semejanza de las que existían en Europa. No se trataba, decían los partidarios, de corporaciones como la Academia Colombiana, ocupada en la filología y en discursos de recepción, o de reunir entusiastas para componer versos y redactar algún periódico. Buscaban mejorar la condición de los literatos, tanto en lo material como en lo intelectual: “Una corporación se compone de bastantes miembros, casi siempre con influencias políticas y sociales; es la más idónea para conseguir un buen resultado” y, más adelante agregaban: “que allí se auxilie al literato pobre, se cuide al enfermo y se asegure el reposo decente al que cayó de su trono a la locura o la impotencia. Que se remunere el trabajo intelectual del que haya menester ganar la vida así; que se abran mercados a las obras inéditas y que se lleve nuestra literatura a donde se aprecie y se pague bien”. Las sociedades de

²⁸ *La Siesta*, Bogotá, 4 de mayo de 1886.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Alfred Hettner, *Viajes por los Andes colombianos (1882-1884)*, Bogotá, 1976, pág. 124.

gentes de letras pensaban subsistir acudiendo a los ricos, con el expediente de que “el único medio que tienen para salvar sus nombres del olvido calamitoso, es unirlos a la suerte del talento”³¹. Que se sepa, ninguna de estas sociedades funcionó y ningún rico quiso evitar el olvido patrocinándolas.

Como fruto de los rosales azotados, y mientras los delegatarios buscaban establecer un nuevo ordenamiento constitucional para la nación, la bibliografía bogotana se enriqueció en 1886 con más de medio centenar de títulos. Aparte de *La lira nueva* y de *Tipos de Bogotá*, antes mencionados, vieron la luz, entre otros, la *Gramática de la lengua latina* de don Miguel Antonio Caro; las *Reglas gramaticales al alcance de todos*, de Francisco de Paula Cortés; los *Rudimentos de historia y biografía de Cristóbal Colón*, de Eugenio Ortega; los *Piratas de Cartagena*, de Soledad Acosta de Samper; *Filosofía en cartera*, una colección de reflexiones filosóficas de José María Samper; los *Estudios críticos* de Rafael Merchán; las *Lecciones de urbanidad, acomodadas a las costumbres colombianas*, de José Manuel Marroquín; y de Macedonio Gamba, *La república federal y la república unitaria*³².

EL REFUGIO DE LOS ESPIRITUS DELICADOS

Superada la guerra de 1885, el resurgimiento intelectual permitió pensar de nuevo que un libro de poesías era “un dulce refugio para espíritus delicados”³³, y que el hombre regresaba a las cumbres de la civilización, dejando atrás esa naturaleza que lo había hecho nacer caído. La poesía se entendía como la mayor expresión de civilidad, era “el nimbo que sobre la frente de los hombres se confunde con el milagro”³⁴. Un milagro destinado a producir belleza por medio del lenguaje, mediante “el atinado enlace de la novedad del pensamiento con lo variado de las cláusulas y lo original del estilo”³⁵. Casi ninguno de los alfabetizados residentes en Bogotá hace cien años renunció al ejercicio de ese “milagro”, en contraste con el escaso desarrollo que habían alcanzado hasta entonces las artes plásticas. Según Hettner, “tan solo la poesía tiene su terreno productivo, ya que casi todo bogotano es aficionado entusiasta en este campo, siendo la mayoría a la vez, autor de poesías, contrastando con lo poco y lo mediocre en el terreno de la poesía romántica y novelesca, el caudal de poemas líricos, charlas y literatura amena, [y] los llamados cuadros de costumbres”³⁶.

A los poetas se les pedía que “en una de las infinitas formas que elijan sean profundos en las ideas, naturales y humanos en el sentimiento, sinceros en la ficción misma, objetivos en la imagen con que la vistan”³⁷. Diego Fallon, en carta a don Miguel Antonio Caro en 1883, puso en claro sus principios poéticos³⁸: originalidad del pensamiento, claridad de expresión, armonía musical (Fallon era músico y escribió un tratado sobre la materia), solidez arquitectónica, verdad y poder de imaginación. Pero estos principios no estaban en la pluma de todos los bardos de la época, como lo muestra la sátira que Caro escribió en 1887, titulada *Los malos versos*³⁹. Para el autor intelectual de la nueva constitución “no hay en el universo peste o plaga/ Como los malos versos; no hay ninguna/ Que más alcance y merezca menos/ La indulgencia social . . .”. El purista Caro, que idolatraba “la divina poesía”, se burló sin piedad de aquella “turba de pedantes” que, según su opinión, habían convertido “el parnaso en basurero”, contra los cuales no encontró desinfectantes: “La nube de prolífica langosta/ que el sol oculta y los sembrados tala/

³¹ *La Siesta*, Bogotá, 10. de junio de 1866.

³² Para una relación completa de los títulos aparecidos en Bogotá en 1886, véase: *Papel Periódico Ilustrado*, 20 de septiembre y 15 y 28 de octubre.

³³ *La Siesta*, Bogotá, 27 de abril de 1886.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *La Siesta*, Bogotá, 27 de abril de 1886.

³⁶ Hettner, *op. cit.*, págs. 123-124.

³⁷ Citado por Héctor Orjuela, *Las antologías poéticas de Colombia*, Bogotá, 1966, pág. 54.

³⁸ Miguel Antonio Caro, *Obras poéticas*, vol. III, Bogotá, 1933, págs. 232-236.

³⁹ *Ibid.*, págs. 111-134. Todas las citas entre comillas provienen del poema *Los malos versos*.

cunde voraz la perversión del gusto”. Un gusto nuevo que, alejándose de la lira patriótica, daba cabida no a las “parnáseas florestas” (donde, según Caro, se refugiaba en su infancia, por cuyos “inextricables laberintos/ vagaba yo sin miedo”, aspirando “castos aromas” y escuchando “exhalados trinos”) sino a un naturalismo que don Miguel Antonio juzgaba “crudo”. Era todo un crimen literario contra su clasicismo humanista, promovido por la pasión, productora de “indócil rima”, “buleto que a los asnos canoniza”. Caro aconsejó a cada uno de los jóvenes imberbes que “en modelos estudie noche y día/ que secular veneración sanciona”. Y más adelante agregó: “Jamás escriba sin pensar primero/ Si falta el estro animador, no intente/ El don arrebatador que Dios le niega/ Y a otros estudios la atención dirija”.

Probablemente Caro —apreciado como el mejor traductor en verso que ha tenido la Eneida al español— escribía contra los poetas de *La lira nueva* y contra otros espontáneos que inundaban con colaboraciones los periódicos. Le resultaba intolerable el alejamiento de sus amados modelos latinos, y la introducción de elementos diferentes de las estatuas y coronas y mármoles helénicos, tan propios de su “musa militante”. En algunos círculos más progresistas, *La lira nueva* fue recibida con franco alborozo. Un colaborador de *La Siesta* destacó en este florilegio “la diversidad de asuntos y de escenas que allí se desarrollan; los múltiples sentimientos que salen de esas páginas; el tumulto de deseos que brota férvido, como un reclamo a lo desconocido [. . .] los gorjeos escondidos en las ramas bajas; hasta el ruido del insecto dorado entre la yerbecilla, todo esto sorprende y encanta, aturde y maravilla recibido de una vez en ese libro, como un golpe de luz súbita en el cerebro”⁴⁰. Ejemplo de la poética de los nuevos liridos, es este verso de José Asunción Silva, publicado en la antología con el título de *Estrofas*⁴¹:

*El verso es vaso santo. Poned en él tan sólo
un pensamiento puro,
en cuyo fondo bullan brillantes las imágenes,
como burbujas de oro de viejo vino oscuro.
Allí verted las flores que en la continua lucha
ajó del mundo el frío;
recuerdos amorosos de tiempos que no vuelven
y nardos empapados en gotas de rocío . . .*

(fragmento)

La imagen del poeta y de la poesía que entregaban algunos de los nuevos bardos conllevaba un principio de realidad diferente, más terrenal, como en *El último canto* de Ismael Enrique Arciniegas⁴²:

*La poesía morirá en la lucha,
El destino cruel de sus horas cuenta;
¡Poetas! ¡Vuestros cantos nadie escucha,
sois el Alción de la social tormenta!*

(fragmento)

En efecto, un poeta ya casi con los pies en la tierra, aunque todavía vaporoso soñador en medio de la pobre realidad: “El poeta colombiano sólo saborea comodidades imaginarias; sus placeres son simplemente fantásticos. Cuando después de ese anheloso afán de la inteligencia, que es la inspiración, llega la

⁴⁰ *La Siesta*, Bogotá, 27 de abril de 1886.

⁴¹ *La lira nueva*, Bogotá, 1886, pág. 373.

⁴² *Ibid.*, pág. 12.

enfermedad y luego la muerte sombría, sólo hay para el hombre que ha arrojado al público una lluvia de flores [. . .] el dolor de una agonía solitaria, el aislamiento del sepulcro sencillo y el clamor póstumo de la fama improductiva”⁴³. Por su parte, Rivas Groot en el prólogo de *La lira nueva* declaró: “Hoy el poeta ha de saber, y sabe, que el pueblo llora, que el pueblo ama, que el pueblo aspira; y que la humanidad no concede una corona que está en sus manos, la inmortalidad, si el poeta no concede algo que tiene en el alma, la compasión”⁴⁴. Y agregó, en una declaración que puede evocar a Rimbaud —quien también en 1886 publicó *Iluminaciones*—: “El poeta ha de asomarse a todos los abismos”⁴⁵. Pero al concluir la introducción, lanzó un curioso lema poético, completamente contemporizador con el momento histórico colombiano: “Cristo, la república y la naturaleza”. Recordemos que la Iglesia recuperó su poder con la nueva constitución y posteriormente con el concordato firmado en 1887; la república unitaria se estableció también con la misma constitución. Queda sólo la “naturaleza” como elemento literario subversivo dentro de la consigna, opuesta al frío clasicismo contemplativo, que posteriormente iría a reeditar Guillermo Valencia.

Para los jóvenes escritores el futuro, aun en esos tiempos sin esperanza afligidos por la inestabilidad, era una promesa que se obtenía combatiendo sobre las ruinas del pasado, como lo muestra el primer poema de la antología, escrito por Ismael Enrique Arciniegas:

*¡Adelante! ¡El combate ha comenzado:
Entonemos el himno del futuro
De pie sobre las ruinas del Pasado!*

(En marcha, fragmento)

LA LIRA NUEVA: MUERTE, NOCHE Y AMOR IMPOSIBLE

Parnaso colombiano fue el antecedente más inmediato de *La lira nueva*. Se trataba de una antología preparada por Julio Añez, cuya primera edición se hizo en 1884. Eran dos volúmenes que recogían la obra de 102 poetas y de 14 poetisas⁴⁶. Fue la primera antología que recogió obras del joven José Asunción Silva, y era la mejor, según los críticos, que se había publicado a lo largo del siglo. Según el prologuista, José María Rivas Groot, la obra pretendía “condensar el desarrollo de la poesía en nuestra patria en lo que va del siglo, a más de algunas piezas espigadas en el siglo XVIII, todo ello con materiales acopiados en publicaciones casi perdidas”⁴⁷. Según Héctor Orjuela, el *Parnaso* traspasó las fronteras patrias, y dio lugar a que el crítico Juan Valera escribiera sus *Cartas americanas*, en las que destacó dos circunstancias que rodeaban a los poetas colombianos: “el espectáculo de la magnífica naturaleza” y “la sencillez patriarcal de costumbres”⁴⁸.

La lira nueva, como dijimos, fue recopilada por el mismo autor del “Estudio preliminar” del *Parnaso colombiano*, con la diferencia de que en aquella sólo incluyó poetas contemporáneos⁴⁹. Todos vivían en su momento, con excepción de Candelario Obeso, Emilio Antonio Escobar y Manuel F. Espinosa. Las circunstancias de sus muertes fueron de un carácter, todavía, marcadamente romántico. Obeso se suicidó en 1884; Escobar murió luego de haber padecido “una pena íntima, una espantosa desgracia”, que “postró hasta

⁴³ *La Siesta*, Bogotá, 18 de mayo de 1886.

⁴⁴ *La lira nueva*, Bogotá, 1886, pág. XXII.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ Orjuela, *op. cit.*, pág. 46.

⁴⁷ *Ibid.*, pág. 47.

⁴⁸ Citado por Orjuela, *op. cit.*, pág. 56.

⁴⁹ La mayor parte de los autores incluidos en *La lira nueva* son hoy ilustres desconocidos. Otros, los menos —Silva, Obeso—, subsisten como parte de nuestro patrimonio poético vivo. Esta es la nómina completa de los poetas, en el orden en que aparecieron en la obra:
Ismael Enrique Arciniegas, Manuel Medardo Espinosa, Joaquín González Camargo, Emilio Antonio Escobar, Candelario Obeso, Ernesto León Gómez, Alejandro Vega, Belisario Peña, Carlos Arturo Torres, Leonidas Flórez, Federico Rivas Frade, Diógenes Arrieta, Rubén J. Mosquera, Adolfo León Gómez, Alejandro A. Flórez, Enrique Fernández, Diego Uribe, José Joaquín Casas, José María Garavito, Julio Añez, Pedro Vélez, Julio Flórez, Antonio José Restrepo, Nicolás Pinzón, José Angel Porras, Alirio Díaz Guerra, Fidel Cano, Miguel Medina Delgado, Rafael Tamayo, Manuel de Jesús Flórez, Juan C. Tobón, Francisco A. Gutiérrez, Roberto Mac Douall, José Asunción Silva, José Rivas Groot.



rendir al pobre joven; el aneurisma que le dio el último golpe fulminante, no fue sino el resultado de uno ya recibido en medio del pecho”⁵⁰; en una posdata a su testamento, el desahuciado pidió que no se olvidaran de su fiel perrita Etairós.

Las influencias que mostraban los jóvenes poetas fueron establecidas por Rivas Groot⁵¹. De las letras nacionales, mencionó con tacto ponderado a Caro y a Núñez, a la sazón políticos en ejercicio, como sabemos. Con más entusiasmo citó a Gutiérrez González, Isaacs, Pombo y Fallon. De las letras extranjeras, a Núñez de Arce, Campoamor, Bécquer y Víctor Hugo. Según Caparroso, Núñez de Arce, considerado *regenerador* de la lírica española, ejerció una triple influencia en los poetas de *La lira*: con su verso filosófico y civil, con el esmero y cuidado en la composición y con la eliminación de la confianza sentimental⁵². Campoamor, por su parte, llegó a ser más popular en América que en España, al punto que aquí la gente recitaba de memoria muchos de sus versos. Bécquer fue la mayor influencia para los nuevos autores que se sintieron atraídos por “la regular irregularidad de la forma, la sencillez de pensamiento, cierta vaguedad de tono germánico”⁵³. Hugo alcanzó tal admiración, que se consideraba que “quien no estudie el procedimiento del *maestro* que registró toda el arpa, no alcanza ni a mediano versista”⁵⁴.

Los últimos años del siglo XIX colombiano fueron años felices. La transición que empezó a materializarse en 1886 fue seguida de dos nuevas guerras; la actividad económica y con ella los medios de subsistencia de la población, apenas si se recuperaban para luego volver a decaer, bien por efecto de los conflictos y de la inestabilidad política, bien por el cambiante curso del comercio internacional. Así que la mentalidad de la época, los modos de sentir y de pensar, estuvieron imbuidos por una sensación romántica de *mal de fin de siglo*, que muy pocas voces contrarrestaron con la motivación halagüeña del futuro, del amor triunfante o con las maravillas que la ciencia ofrecía.

Los poetas de *La lira nueva*, insertos en ese espíritu finisecular, trabajaron alrededor de tres temas dominantes. El más obsesivo y recurrente, el que alimentó metáforas y evidenció más claramente ese mal del siglo fue la muerte. El poeta aquí está generalmente en la posición del que contempla patéticamente la inminencia del desenlace final, el cual le abre “una lontananza informe” y el “escondido abismo de la nada”. La muerte parece cancelar el dominio del hombre sobre el espacio, borrando todo horizonte; es también un misterio inmenso, que infunde pavor:

*Siendo muy niño, en el materno seno,
el corazón inerte,
lloré y me estremecí de terror lleno,
pensando en el misterio de la muerte.*

*Hoy por la pena el corazón deshecho,
la lucha ya emprendida,*

⁵⁰ *La Siesta*, Bogotá, 4 de mayo de 1886. En este número se reproduce además, en las páginas 30 y 31, el testamento del poeta.

⁵¹ *La lira nueva*, Bogotá, 1886, pág. XVI.

⁵² Carlos Arturo Caparroso, *Dos ciclos de lirismo colombiano*, Bogotá, 1961, pág. 101. Para un inventario más detallado de las influencias de los poetas de *La lira nueva*, véanse las págs. 101 y sigs.

⁵³ *La lira nueva*, Bogotá, 1886, pág. X.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. XI.



*¡pudiera yo llorar, madre, en tu pecho
por el triste misterio de la vida!*

(Carlos A. Torres, *Los dos misterios, fragmento*)

Observemos que “inerte” rima con “muerte”, y “materno seno” con “terror lleno”. La muerte era concebida también como la máxima soledad que llevaba al olvido. El cementerio era un lugar favorito para muchos poetas; allí se podía conversar con espectros que “cavaban y cavaban”, o con el sepulturero, ese “trasegador de osamentas” y “camarero de los muertos” que con helada indiferencia se sacudía el polvo de las manos, polvo que “formó tal vez de una hermosa/ la codiciada belleza”⁵⁵. El camposanto estaba rodeado de sombras, tañidos de campanas, hiedras, rosas, madreselvas, “sauces sombríos”, pinos y “enredaderas hojosas”, todo lo cual configuraba un profundo telón de “selva añosa”. En el desierto terreno, albergaba “tumbas olvidadas”, cuyas inscripciones sencillas en mármol habían sido borradas por la implacable mano del tiempo. Las “marmóreas lápidas” se correspondían con “oscuras fosas” y con “tumbas solitarias”, habitadas “en insondable perenne calma”; ellas conformaban un “horizonte de sombras” que el poeta contemplaba entre sollozos, cargado de recuerdos y evocaciones. No faltaba una calavera —llamada por Silva “escondida mansión”— por donde sonaba el viento al pasar⁵⁶. Ni siquiera la naturaleza en su vital exuberancia escapaba al tenebrismo gélido: ella era “cuna y sepulcro de las cosas”⁵⁷. El follaje húmedo nacía, cómo no, de “los cuerpos descompuestos en las fosas”⁵⁸.

Toda esta poética alrededor de la muerte configuraba una imagen que le permitió afirmar certeramente a Rivas Groot que “en este siglo el poeta tiene el severo pontificado de las sombras”⁵⁹.

El segundo tema preferido era el universo de la noche; esa noche del siglo XIX, que se alumbraba con velas de cebo y gordana y con yesqueros y *lucíferos* y que apenas en el último decenio empezó a conocer la luz eléctrica. La llegada de la noche constituyó todo un material poético:

*¡Oh noche que descienes
sonando a la manera de arpa triste,
y que lenta te extiendes
por todo cuanto existe!
¡Préstame aliento y a mi canto asiste!*

(Enrique Fernández, *La noche*)

La oscuridad caía poco a poco con su “incierto luz” y su “opaco brillo”, como un “misterioso velo” que esparcía “luminosas vibraciones”, y era entonces cuando el poeta podía percibir con su lira “ritmos de planetas”, o evocar la misma oscuridad que tenía la ausencia:

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 320.

⁵⁶ José Asunción Silva, en *ibid.*, pág. 390.

⁵⁷ Silva, en *ibid.*, pág. 385.

⁵⁸ Silva, en *ibid.*, pág. 386.

⁵⁹ *La lira nueva*, Bogotá, 1886, pág. XXII.



Ismael Arciniegas

*Qué ejcura que ejtá la noche;
la noche qué ejcura ejtá;
asina ejcura ej l'ausencia . . .
¡Bogá! ¡Bogá!*

(Candelario Obeso, *Canción del boga ausente*)

El mundo nocturno era extraño, evocador, bueno para el sueño, la consola-
ción y la meditación. Apto para refugiarse en él de las “falsas galas” del
mundo, para ahogar en él, entre besos e ilusiones, las tristezas y darle de beber
silencio al “espíritu agitado”. Hora de “éxtasis profundos”, contrapuesta al
día, que no era otra cosa que la “luz de los abismos”.

La noche era también el momento en que “el alma en la carne se agiganta” y en
el que los “goces más sensuales” podían producir “olor de cieno” que embria-
gaban los sentidos. En medio de las “tinieblas sin auroras” no hay caminos
sino “sendas”, “hojas mustias” (que riman con “angustias”); esas sendas que
conducen, a su modo, al infinito:

*Y vi tinieblas y me perdí en la nada,
sentí hervidero de astros en la sombra.*

(Ismael Enrique Arciniegas, *Extasis*)

Por allí volaban “almas soñadoras” y “espíritus errantes”. Por allí estaba el
sueño de que pronto venía a acariciar las sienes, llenándose la estancia de un
“vapor de adormideras”, donde los recuerdos son informes fantasmas, mien-
tras por la rendija de la puerta,

*un rayo furtivo de la luna avanza,
ilumina los átomos del aire.*

(Joaquín González Camargo, *Viaje de la Luz*)

En sueños, el poeta se transportaba a otros mundos, que sí tenían futuro y
eternidad, en oposición al efímero y terrenal que habitaba:

*Allá rima la luz y el canto alumbra,
aire de eternidad alienta el alma,
y los poetas del futuro tiemplan
las cristalinas arpas.*

(Idem)

José Asunción Silva



La noche daba cabida a la luna, una luna más modesta que la del confín
profundo de Fallon: “alba luna”, pero más sagrada: “Hostia de luz viva”.
Todavía dueña del ancho firmamento, desde donde alumbraba, acompañada
de rutilantes luceros. Pero la noche no era sólo un ámbito exento de la luz
diurna, apto para la fantasía. Era también el otro nombre de la muerte, la más
larga de todas las noches:

*Cuando ya de la vida
el alma tenga, con el cuerpo, rota,
y duerma en el sepulcro,
esa noche, más larga que las otras.*

(José A. Silva, *Estrellas fijas*)

El amor inalcanzable o desgraciado fue el tercer tema de los poetas de *La lira nueva*. La mujer, idealizada en su belleza intangible e inaccesible, sólo concedía desengaños y rechazos. No obstante, el amor se pensaba como la razón del universo, como luz que enceguece y alumbra:

. . . *Del alma los arcanos más profundos;*
El amor es la causa que dirige
El inmortal concierto de los mundos.

(Alejandro Vega, *La estatua*)

El amor podía surgir para iluminar el espíritu del poeta. O para esclavizar su corazón ardiente al de Ella. Terminado el baile, diversión que era casi el único punto de encuentro de damas y caballeros, Cupido hace su entrada cuando las luces de la estancia van opacándose y ellos están solos:

De repente los ojos se nublaron,
sentí ruido de alas,
y luego vi que un niño cariñoso
nuestras manos juntaba.

(Ernesto González, *Después del baile*)

El objeto amoroso alcanzaba la calidad de estatua, o de sueño que se disipa apenas se va a realizar, o era una mujer que yacía en una fosa o en el anfiteatro. En su poema *La estatua*, Alejandro Vega le cantó a Elisa, encantadora mujer de mármol de Carrara, cuyo mirar indolente lo ha vencido y enamorado, gracias a lo cual el autor cree que conmovió a la dura Elisa, al punto que cuando de su brazo se pasea cree que va “con la Venus Citerea”. Y la ha besado, y ese beso ha sido bendecido por Dios desde lo alto.

Las mujeres por las que suspiran y sufren estos poetas no son todas marmóreas. Las hay también durmientes, de un sueño del que nunca se levantarán, haciendo con ello vanamente fantasear al enamorado, preferiblemente de noche, entre olor de azahares y una luna blanca. Luna que asiste a la hipotética cita, mientras las brisas “gimen y las hojas tiemblan” y el poeta, con el corazón herido, llama a su amada con su arpa y una corona, pero todo resulta un sueño donde ella le jura ser suya para siempre:

Jura otra vez que me amas, que eres mía;
—¡Jura . . . nadie nos oye! ¡Nada temas!
—¡Tuya! bien mío . . . para siempre tuya!
—Sueña, alma mía . . . sueña”

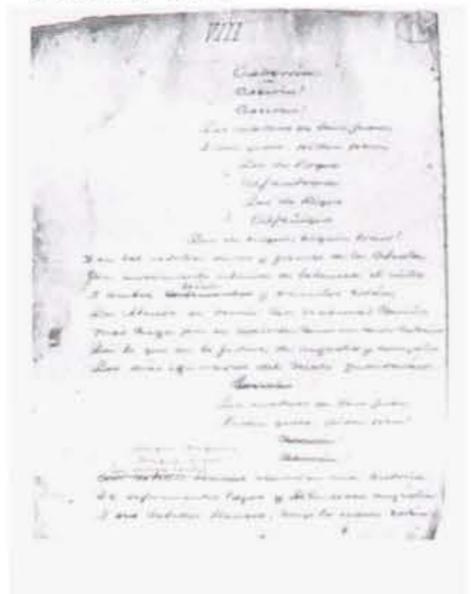
(Ernesto León Gómez, *En sueños*)

Mujeres apenas tocadas por un beso imaginario que no logra hacerlas presentes desde el mundo de los espectros intangibles, poetas que no pueden nombrar la carne viva ni abandonar la condición de estatuas que les han asignado a sus damas. Una mujer desnuda, sólo una, apareció en *La lira nueva* ofreciéndose a un científico poeta. Es virgen, lleva el cabello suelto, que le cubre “las combas del pecho”, sus ojos entreabiertos son irresistibles y su sonrisa está cuajada en los labios. Pero esa bella venus yace lánguida sobre el liso mármol, durmiendo la muerte. El vate, cuchilla en mano, quiere aprender en ese libro “la verdad



Facsimil de *Lectura para todos*, revista Cartagenera donde apareció por primera vez el nocturno de Silva (Ver cita 60).

Manuscrito del estribillo de Aserrín Aserrán de José Asunción Silva



desnuda". De ese cuerpo que tiene ante sí, sólo mira fervorosamente, se diría que con pasión de necrófilo, una lágrima que escurre de la mejilla del cadáver. Se olvida del estudio y terminan llorando juntos⁶⁰.

Cuando la amada, con voz entrecortada, también habla de amor y hace promesas, el poeta tiene la conciencia inequívoca de que nada dura, todo se olvida y pasa como un pájaro que abandonó el nido, quedando el amado solo, con el alma triste y el corazón vacío:

*Me juró amor por el vergel florido,
me juró por la fuente que lo baña,
me juró por el ave, por el nido,
me juró por la paz de la cabaña.*

[. . .]

Las flores del vergel se marchitaron,
el pájaro alzó el vuelo y dejó el nido,
las aguas de la fuente se agotaron,
y al juramento lo cubrió el olvido.

(Diego Uribe, *Ayer y hoy*)

⁶⁰ *Estudiando*, en *La lira nueva*, Bogotá, 1886, págs. 37-38.

⁶¹ El *Nocturno* apareció por primera vez en Cartagena, en el número 7 de una revista mensual de "Literatura, variedades y avisos" llamada *Lectura para Todos*, en agosto de 1894. La dirigía Carlos Castelbondo y se imprimía en la tipografía de Antonio Araújo.

En la página 57 se informó a los lectores que "de paso para Caracas, a donde va a servir y la secretaría de la legación de Colombia, se encuentra en la ciudad este notable joven, poeta y prosista de ingenio originalísimo, llamado en nuestro concepto a formar escuela, tan pronto como deje conocer en el mundo literario sus producciones, inéditas casi todas.

"Debido a la bondad del señor Silva —cuyo delicioso *esprit* nos ha hecho pasar momentos gratísimos— engalanamos hoy la primera página de esta revista con una encantadora poesía suya —*Nocturno*—, cuya extraña factura, seguramente llamará mucho la atención de los inteligentes.

"Pronto publicará nuestro amigo un tomo de versos. Creemos que ello será un gran acontecimiento para las letras hispanoamericanas y conquistará laureles al poeta y gloria a la patria. Que llegue pronto ese día y que lleve el señor Silva gratos recuerdos de Cartagena, son por hoy nuestros deseos".

En efecto, el que ella lo amase era un "placer ignoto, inmenso", que hacía exclamar: "¡Un beso! ¡un solo beso!". El beso era el mayor acercamiento pensable con la inexistente enamorada. Si acaso el poeta se permitía soñar con "Fundir tu cuerpo en mí, yo en ti fundirme", era para luego exclamar, aterrado:

*¡Huye de mí! . . . terrible en su falsía
siempre astuta deslízate entre flores*

(Idem)

Poesía de la muerte y de la noche y del amor ilusorio o imposible, escrita por unos liridas que hoy suenan en tono menor, pero que tienen valor como testimonios de un estado del espíritu colectivo colombiano de hace un siglo. Espíritu abrumado por el sentimiento de pérdida expresado por la obsesión ante la muerte, abismado ante el escenario de la noche, que es otra manera de llamar la muerte, espíritu atormentado por amores castamente infelices. Sentimientos apenas atenuados con el fantasma de un beso furtivo o con el sueño de una insólita dama declarando su amor. Por ninguna parte el goce de vivir, la naturaleza exultante y en ebullición, el amor dichoso hecho cuerpo y carne viva. *La lira nueva* fue una transcripción en verso del estado sombrío de los ánimos de una sociedad, que sólo José Asunción Silva iría a expresar con valores poéticos que hoy todavía juzgamos perdurables. El *nocturno*, escrito en 1892, seis años después de *La lira nueva*, y publicado por primera vez en Cartagena en 1894⁶¹, condensa, con acierto poético incomparable, el sentimiento frente a la noche, la muerte y el amor, que imperaba en Colombia al concluir el siglo pasado. Los elementos no han cambiado, las palabras son las mismas: la luna, las sombras, el infinito, la senda, el hielo de la muerte, la nada, el amor imposibilitado por "un presentimiento de amarguras infinitas". Ha cambiado la forma poética. El primer modernismo ha ganado uno de sus mejores exponentes, y ya se anuncia la disolución del siglo XIX.